

PIO X

El Soberano Pontífice celebró ayer su fiesta onomástica y el Orbe católico rindió una vez más entusiasta y respetuoso homenaje de adhesión y veneración a la Cátedra de Pedro, a la augusta persona del Vicario de Cristo.

Esperas tinieblas envuelven al mundo, el suelo se estremeca bajo la planta de los débiles y de los poderosos, de soberanos y súbditos, de ricos y pobres; óyese ya el fragoroso ruido del trueno, y el rayo cruza la atmósfera iluminando momentáneamente, con fatídicos reflejos, el horizonte...

En tan críticos momentos vuelva la Humanidad sus ojos hacia las sublimes alturas del Vaticano, en las cuales la blanca y paternal figura de Pio X, brinda paz y regeneración en la tierra y el único camino que han de recorrer las generaciones si quieren salvarse.

El Arco renueva hoy sus protestas de entusiasmo y veneración hacia el Maestro infalible, Guía seguro, augusto y santo Soberano, Vicario de Cristo y Padre de los fieles.

LA REDACCIÓN.

El Santo Patriarca

¿Quién es aquel hombre de augusta presencia que acompaña a su joven Esposa de casta bellaza y cuida de un niño de rubias guedejas, con los ojos azules muy grandes que duelos reflejan? Parece que ese hombre es de estirpe regia, pero viste tan pobre, que nadie le mira siquiera. Lleva en un hatillo pocas herramientas, con las cuales adquieren el sustento de su Esposa bella y de aquel Angelito precioso a quien lleva a cuestas y en sus ojos de limpia mirada refleja honda pena. Del trabajo honrado todos se sustentan, que el trabajo, castigo que el cielo a los hombre diera, no desdora a nadie que humilde lo acepta, antes bien le ennoblece, y le guía de la patria felix por la senda. Por eso aquel hombre de augusta presencia, que aunque viste raído ropaje es de estirpe regia, lleva en un atillo pobres herramientas y unas veces maneja el escoplo y a ratos la sierra, mientras hila a su lado la Madre de aquel tierno Niño de rubias guedejas que mira hacia el cielo con honda tristeza o se ocupa en hacer crucecitas de tosca madera. Aquel hombre honrado no siente vergüenza de que vean las gentes que vive

con mucha pobreza. Trabaja en su oficio, al que no desprecia, aunque sangre de reyes circula por todas sus venas. ¡Qué ejemplo más grande de santa paciencial! Si los hombres que no se conforman con la suerte que el cielo les diera, de ese varón justo siguiesen la senda, no sería este mundo ancho campo de luchas sangrientas, ¡ni serían los amos del orbe orgullo y soberbia!

ENRIQUE DE OLEA.

San José, patrón de los obreros

El padre nutricio de Jesús ha sido propuesto a los obreros por el Romano Pontífice como su especial abogado, como luz que alumbró su penoso camino por este destierro. Pero ellos, confirmando la palabra de San Juan, amaron las tinieblas más que a la luz, y vacilantes caminan por los ásperos senderos de la vida mal avenidos con su suerte y considerando el sudor que brota de sus frentes como estigma de desgracia e inferioridad. Han dejado arrebatar de sus almas la bendita semilla de la fe y levantan su mirada a los pudientes mostrándoles sus puños, oprimidos fuertemente por la soberbia.

Estas fuerzas poderosas por el número, contenidas hasta hoy por el dique salvador del temor de Dios, comienzan a salirse de su cauce amenazando destruir con su aterradora abalancha el orden social existente. Incautos y confiados, han dado oídos al silbo seductor que susurra en sus mentes reivindicaciones y promesas y les hacen esperar en utopías inconcebibles. Han perdido la esperanza en otra vida donde recibirán el fruto de sus trabajos y quieren gozar en ésta, como única recompensa.

No estriba en esto su felicidad. Para conseguirla, se hace preciso que vuelvan los ojos a su patrón y entonces considerarán el trabajo y la pobreza como títulos valerosos para entrar en el cielo, donde los últimos serán los primeros y por cuyas puertas entrarán más difícilmente los ricos que un camello por el ojo de una aguja. Vuelvan los ojos a la Iglesia, única fuerza capaz de aquietar sus espíritus; la Iglesia de Cristo les muestra a un hombre de estirpe regia, que ayudado por un niño como no hubo otro en la tierra, gana su vida en un taller de carpintero, mientras la mujer, bendita entre todas las mujeres, se ocupa en las faenas propias de una humilde artesana, y la Iglesia, postrada de hinojos ante aquel dulcísimo cuadro que comprenden los tres nombres más suaves que pueden salir de boca cristiana,

les ofrece como su Santo Patrono, al jefe de aquella familia sin igual.

La imitación de las virtudes de este obrero hará resurgir en sus pechos el aliento consolador de la esperanza cristiana, y sus trabajos se les harán entonces más llevaderos, y contentos con ellos irán engendrando en sus almas el legítimo orgullo de llenar cumplidamente el papel que Dios les asignó en esta efímera prueba que se llama vida.

ELIAS HURTADO.

DE ACTUALIDAD

Ya se celebró la farsa del sufragio; el pueblo soberano, explotado por los vividores de oficio, puso a disposición de sus eternos explotadores ese voto que sólo los ciudadanos conscientes, morales, educados e instruidos deberían tener; los croiques abominables, que llevan la podredumbre a todos los organismos de la vida social, que forman el pedestal de su vanidad con el atropello inicuo, que amasan su influencia y el poder de que disponen con injusticias e inmundicias... esos también llevaron girones del purpurino manto de ese pueblo soberano, a quien hoy se le sonríe y ofrece un apretón de manos, que mañana se trueca en desvío y desprecio.

El tinglado electoral salió a la superficie; legalizóse sobre la mesa de los colegios la farándula que antes tomó forma y preparóse o en el rico despacho de influyente político o en el sospechoso tugurio de enfatuados aspirantes que buscan salir de la oscuridad de su vida por los mismos senderos que otros trillaron con pie afortunado para sus intereses.

La metira del sufragio representóse una vez más, con toda su secuela de coacciones, amenazas, ilegalidades, falsificaciones sobornos por vino o por dinero...

Hubo lo que estamos acostumbrados a ver, desde que se implantó en España esa gloria liberal, que conviene barrer por estúpida, por andrajosa, por falsaria, por corruptora, por Celestina.

Asaquea ya su nombre, porque a su sombra perpétranse indecencias repugnantes, nauseabundas, atentatorias a la dignidad personal y a la decencia y honorabilidad pública.

JOSÉ M.ª DE LA ESTRELLA

Sucedidos

Creo que el caso ha ocurrido a cierto individuo francés, pero no salgo garante de la nacionalidad del protagonista. De todos modos, es igual. Que sea francés, o que sea chino, no importa.

Ese individuo, después de haber ter-

minado sus quehaceres en una capital, a donde le habían llamado algunos negocios tomó el tren para regresar a su pueblo, y ya en el vagón, se durmió muy lindamente, sin preocuparse nada absolutamente del mundo. Por el camino, la locomotora tuvo cierto desperfecto, que entorpeció el viaje, pero el hombre no se enteró... dormía, pasó el tren por el pueblo del durmiente, y el durmiente, durmiendo. Llegó el tren al término de la línea, bajaron los viajeros, y nuestro hombre se quedó durmiendo en el vagón.

Al cabo de unas horas, volvió a arrancar el tren en sentido contrario. ¿Creen ustedes que ese tipo del cuento, que no es cuento, sino historia, se despertó? No, señor, continuó su sueño, arrullado por los resoplidos de la máquina, y volvió a su punto de partida, y aún dormía...

Eso no es verosímil, objetará alguien.

No es posible un sueño tan fuerte ni hay nadie en este pícaro mundo que cuando viaja, no ponga un poco más de cuidado en despertarse.

Pues bien, queridos lectores, ustedes y yo tenemos todavía el sueño más profundo que aquel individuo. No solamente viajamos sin despertarnos, en un tren especial, muy especial, sino que descarrilamos, chocamos, nos precipitamos desde lo alto de un puente... y dormimos a pierna suelta. Quizá nos despertemos en el infierno.

Me cargan las explicaciones de las metáforas. Si aquellos a quienes se dirigen no las entienden, no hay explicaciones que valgan. Señal de que las metáforas están muy traídas por los cabellos. Quizá ésta sea una, de las que ustedes no entienden... o no quieren entender.

Otro sucedido.

Ayer, sin ir más lejos, iban por una calle estrecha y en sentido contrario, dos carreteros con sus respectivos vehículos. Se encontraron... y estalló el conflicto.

¿Quién retrocedería para dar paso al otro?

Uno de los dos, el que realmente tenía obligación de retroceder, empezó a blasfemar horriblemente, amenazó y armó el gran escándalo, y el segundo, un carretero que se parecía mucho a nosotros, fué reculando, reculando...

Y el otro pasó con aire de triunfo, porque tenía aspecto de matón, y era blasfemo y era malo.

Y mucho público que miraba, y era amigo del carretero manso, no dijo esta boca es mía.

No tienen nada que ver este caso ni el anterior con ciertos hechos ocurridos recientemente.

¿Para qué serviría que yo contara a Uds. cuentecillos?